

UN MES DE MARZO MÁS FELIZ: UN VIAJE A JAPÓN



Estimados compañeros:

Ha terminado ya este fatídico mes de marzo de 2020 en que las cifras de afectados por el “coronavirus” iban aumentando día a día. Estamos a mediados de abril; la primavera ha vestido de rojo los geranios de mi terraza y otras plantas se han adornado con flores de distintos colores: rosa, naranja, amarillo. ¿Habrá florecido ya la Rosaleda del Parque del Retiro?

Aún no sabemos cuando terminará este confinamiento al que estamos sometidos, pero no quiero pensar en este futuro inmediato tan incierto. Prefiero rememorar otro mes de marzo más libre y feliz, el del año 2015, en el que un pequeño grupo de Colegiados de Honor viajamos a Japón, el maravilloso País del Sol Naciente. No voy a describir con detalle todo el viaje porque resultaría demasiado extenso, sólo hablaré de aquello que me impactó más: la exquisitez de sus jardines, la magnificencia de sus templos, la fantástica mezcla de tradición y modernidad y sus gentes. Es cierto que los japoneses son distantes; nadie se roza, ni se besa, ni abraza, (al menos en público), pero son amables, bien educados y limpios: en los suelos de sus ciudades y jardines no veremos ni un solo papel, ni una colilla, ni resto alguno, porque a los niños desde pequeños les enseñan a limpiar incluso sus aulas.

Empecemos ya el viaje: El día 5 aterrizamos en Osaka, una bonita ciudad de la que recuerdo sobre todo el barrio de Dotonbori, con su calle comercial subterránea, llena de tiendas muy iluminadas y de restaurantes en cuyos escaparates se exhibían los manjares hechos de plástico o algo parecido. Y a pocos kilómetros del Centro, visitamos, al día siguiente, el impresionante UmedaSkyBuilding, una construcción de 40 plantas y 173 metros de altura. Consta de 2 enormes torres de acero, vidrio y cemento, unidas en lo alto por una plataforma donde hay un mirador desde el que se ve toda la ciudad y algo más, y unos bonitos jardines. En las torres, a cuyos pisos se accede por un ascensor de vidrio y escaleras mecánicas, y están entrecruzadas por varios puentes, hay restaurantes, cafeterías, tiendas de lujo y de ocio e incluso un gran cine. Por la tarde visitamos dos templos con grandes imágenes de Buda y el Parque de los Ciervos Sagrados.

Pero el templo que me causó más impresión lo vimos al día siguiente: es el Templo Zen de Kinkakuji, declarado patrimonio de la Humanidad. Se llama también el Templo Dorado, porque sus dos pisos superiores están recubiertos con pan de oro. Su elegante forma se refleja en las aguas ondeantes del lago que lo circunda y detrás de él podemos observar suaves montañas recubiertas por árboles de variadas tonalidades. El conjunto es una verdadera maravilla; me gustaría tener las palabras adecuadas para describir tanta belleza.

Otro lugar, también mágico es el Bosque de Bambúes de Arashiyama. Te puedes perder en sus laberintos y sus enrejadas de altos tallos y en él se respira un aire muy puro.

Y ahora voy a hablar de los Jardines de Kairaku-en situados en Kanazawa. Los japoneses dedican sumo cuidado a sus jardines. Dicen que deben tener seis características básicas: espacio, serenidad, venerabilidad, grandes vistas, diseño sutil y frescor. Y todo esto está

en estos impresionantes jardines, con sus pequeños lagos, sus puentes, árboles y arbustos diferentes y flores variadas.

Y no puedo olvidar el pequeño pueblo de Takayama al que llegamos el día 11 y que nos recibió con una formidable tormenta de nieve, en pleno mes de marzo, pues, al parecer, se había desviado el monzón de invierno, (fenómenos del cambio climático). Rápidamente nos metimos en el Hotel, con su buena calefacción. Al entrar nos descalzamos, como habíamos hecho también al visitar los templos, y nos dieron unas zapatillas y un kimono con los que bajamos al restaurante, donde disfrutamos de una estupenda cena de exquisitos platos japoneses servidos en preciosos cuencos y fuentes de bella cerámica. Y dormimos en tatamis.

A la mañana siguiente, nos dirigimos en el tren bala a Nagoya, donde visitamos el Parque Nacional de Hakone y disfrutamos de un magnífico paseo en barco por el lago Ashi desde el que se veía el Monte Fuji que también se reflejaba en sus aguas; luego nos trasladamos a Tokio.

La capital japonesa, con más de 13 millones de habitantes, te sorprende con sus obras de ingeniería moderna como la Torre de Tokio, réplica de la de París, pero algo más alta, el famoso Rainbow Bridge o el cruce de Shibuya. Sus altísimos rascacielos del centro de la ciudad forman la mayor concentración urbana del mundo. Visitamos la Tokio SkyTree, la estructura artificial más alta de Japón, torre de radiodifusión con restaurantes, cines y un fantástico mirador. Pero muy cerca de este mundo sobrecogedor, puedes admirar fascinantes callejones antiguos. Y a unos pocos kilómetros vimos el Santuario de Meiji y el Templo de Asakusa Kannon, que alberga la estatua de la Diosa de la Misericordia. Y al día siguiente, el penúltimo de nuestro viaje, hicimos una corta excursión a Kamakura para conocer el Templo de Hase Kannon con su famosa imagen del gran Buda Daibatsu y el templo de Hokuji.

Y esta carta se está haciendo muy larga y quiero terminarla con unos versos escogidos de un poema de Mario Benedetti:

“No te rindas que la vida es eso

continuar el viaje

perseguir tus sueños

correr los escombros

destapar el cielo.

No te rindas, por favor no cedas

aunque el frío queme

aunque el miedo muerda...

Porque existe el vino

y el amor es cierto

porque no hay heridas que no cure el tiempo.”

Mercedes Dubois

Presidenta de la Sección de Colegiados de Honor del CDL